

Las responsabilidades de David

Jesús Díaz

EN NOMBRE DE LA REVISTA *ENCUENTRO DE LA CULTURA cubana*, cuya entrega número 14 tengo el placer de presentar aquí, quiero darles la bienvenida y agradecer a todos los que han colaborado con nosotros en la organización de este seminario. Nuestro objeto de análisis, *Cuba, 170 años de presencia en Estados Unidos*, es absolutamente desmesurado. Son tantas las actividades que los cubanos hemos desarrollado en este país a lo largo de casi dos siglos que su simple enumeración constituiría toda una tarea. Cualquier cubano medianamente culto sabe que *Cecilia Valdés*, nuestra novela emblemática del siglo XIX y una de las mejores escritas en español en ese siglo se publicó aquí; muchos de los amantes de nuestra música conocen cuánto aportó aquí Chano Pozo, y los buenos conocedores del béisbol tienen a orgullo que Rey Ordóñez, el torpedero de los Mets, sea hoy por hoy el mejor *short stop* defensivo de las ligas mayores y uno de los mejores de todos los tiempos, así como también que el Duque Hernández ejerza como primer lanzador en la rotación de los *New York Yankees*.

Ahora bien, es perfectamente posible que una misma persona no sepa todas estas cosas, y prácticamente seguro que ignore muchas otras que en muy diversos terrenos y períodos históricos nuestros compatriotas tuvieron oportunidad de llevar a cabo en este país. Es también probable que muchos jóvenes cubanos, asfixiados por la carencia de información sobre temas contemporáneos y por el sectarismo de la información histórica que padece la isla, tengan graves vacíos con respecto a los temas que vamos a tratar. Nuestro objetivo será trazar juntos una especie de esbozo del mapa de la actividad cultural —en la acepción más amplia y generosa del término— que los cubanos hemos desarrollado en Estados Unidos desde el segundo tercio del siglo XIX hasta hoy. Dicho esbozo de mapa será seguramente incompleto, porque nuestro objeto de estudio es virtualmente inagotable y además porque el tiempo

condiciona este seminario, pero aún así estoy convencido de que la riqueza y complejidad del resultado nos asombrará a todos, incluyéndonos a nosotros, los participantes y organizadores del evento.

Este asombro será consecuencia de la calidad de las contribuciones de los ponentes, y también de que por primera vez, hasta donde alcanzo a saber, el esbozo de mapa se hará de conjunto, rompiendo todas las barreras que a menudo la censura política, la hiperespecialización académica o el desprecio elitista hacia algunas actividades, como el deporte o la música popular, han impuesto al análisis cultural, fragmentándolo y bloqueando con ello la posibilidad de una comprensión cabal de la magnitud y significación del fenómeno. Digamos que resulta excitante y significativo *per se* poner de manifiesto la contigüidad entre Félix Varela y Kid Chocolate, entre José María Heredia y José Raúl Capablanca, entre Cirilo Villaverde y Mario Bauzá, entre José Martí y Celia Cruz; que resulta estremecedor recordar que aquí, en este país, los cubanos contribuimos quizá como nadie al florecimiento de ciudades como Tampa y Cayo Hueso en el siglo pasado y de Miami en éste, que aquí se publicaron *El Habanero* y *Patria*, sin los cuales nuestro país no existiría, que aquí desplegó la magia de su juego y su coraje Orestes Miñoso y se le rindieron honores a la música extraordinaria de Chucho Valdés. Los resultados del seminario, eso que hemos dado en llamar el *esbozo del mapa*, se publicarán en la próxima entrega, el número 15 de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, correspondiente al invierno de 1999 / 2000, que será presentado en febrero en el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona y en marzo en el congreso que la *Latin American Studies Association* celebrará en Miami.

Nuestra intención es aportar reflexiones e informaciones que contribuyan a comprender mejor un costado importantísimo de las relaciones de la cultura cubana con la norteamericana. Esto me parece, ayudará a que nuestros compatriotas de la isla y del exilio, así como también aquéllos no cubanos que se interesan por nuestros asuntos, puedan formarse una idea más compleja y matizada de Estados Unidos y de los espacios que los cubanos hemos tenido aquí en el pasado, tenemos en el presente y podemos tener también en el futuro.

Es extraordinariamente revelador el miedo pánico que Fidel Castro airea como un espantajo cuando habla del papel que él mismo le atribuye a Estado Unidos en el presente y el futuro de Cuba. Ese argumento ha calado en ciertos anticastristas cubanos, algunos de ellos destacados intelectuales quienes no esperan más que desgracias del actual gobierno de la isla, anhelan profundamente un cambio, y sin embargo, están paralizados por el terror a que «Cuba caiga en las garras del imperialismo norteamericano». Lo mismo podría decirse de muchos españoles y franceses, de suecos y alemanes, por no hablar, desde luego, de ciertos latinoamericanos ni de la propia izquierda académica norteamericana.

Yo debo decir aquí, con toda claridad, que no albergo ese temor. Y no porque idealice a Estados Unidos ni a la democracia norteamericana, sino porque conozco su complejidad, y sobre todo porque conozco las posibilidades de nuestro país y de nuestra cultura y sé que el futuro depende en primer lugar

de nosotros mismos. Borges, que como es sabido no era un político, escribió en 1972, «América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio» («El otro», en *El libro de arena*). No pretendo discutir hasta dónde la democracia es o no una superstición, me limitaré a expresar mi acuerdo con la tesis de Winston Churchill según la cual la democracia es el peor sistema político posible si exceptuamos a todos los demás, y a consignar que efectiva y felizmente, la fuerza descomunal e imperial de Estados Unidos está en buena medida trabada por ella.

Parafraseando la famosa definición de Gertrude Stein, *a rose is a rose is a rose*, podría decirse que un imperio es un imperio es un imperio. Y siempre será preferible una Alemania trabada por la democracia que un país manejado por Hitler, un Japón autolimitado en sus ambiciones que un Imperio del Sol Naciente rendido al control del Emperador y de los militares. A mi juicio esto implica que para un país pequeño y situado en el planeta Tierra es preferible ser vecino de Estados Unidos que de Rusia o de Turquía, como muy bien saben los chechenos, los kurdos y los cientos y cientos de miles de cubanos blancos y negros, que desde el siglo XIX hasta la fecha pudieron trabajar y crear libremente aquí.

No quiero decir que la vecindad con Estados Unidos sea el paraíso. Los paraísos no existen sobre la tierra, simplemente. Quiero decir que es inevitable para Cuba y que la proporción entre sus ventajas e inconvenientes depende en gran medida de lo que nosotros, los cubanos, seamos capaces de hacer. Desde mi punto de vista la Enmienda Platt, impuesta como apéndice a nuestra Constitución de 1901, que autorizaba a Estados Unidos a intervenir militarmente en Cuba cuando lo estimara necesario, fue un abuso imperial que convirtió a nuestro país en una especie de protectorado con grandes márgenes de autonomía, y el embargo y la ley Helms-Burton son no sólo un crimen sino también una estupidez.

Dixit, no podemos olvidar que el imperio español jamás concedió a Cuba una autonomía de semejante amplitud, ni siquiera después de largas y sangrientas guerras, y que hoy España está aumentando su presencia en la isla a pasos agigantados con la complicidad del castrismo. No hay que asombrarse por ello. Es el comportamiento propio de una economía fuerte frente a una débil. Pero no podemos olvidar, tampoco, que en 1959 la economía cubana era más dinámica que la española, que si hubo una Enmienda Platt fue porque antes había habido una Enmienda Teller, gestionada por el lobby independentista cubano y por Horacio Rubens, el abogado amigo de Martí, de acuerdo con la cual Estados Unidos renunciaba explícitamente a toda pretensión territorial en Cuba. Isla de Pinos fue al fin cubana, la maldita Enmienda Platt tuvo una vigencia de sólo 33 años antes de ser derogada por el gobierno demócrata de Roosevelt, y es un hecho que la ley de Helms-Burton fue impulsada, promovida y apoyada por cubanos, como lo fue también, por ejemplo, la intervención norteamericana de 1906.

Por lo pronto, y al menos, yo puedo expresar aquí mi oposición total a la Helms-Burton, luchar contra ella y sostener que constituye, paradójicamente,

la hoja de parra del castrismo, el último pretexto con que cubrir la vergüenza de su desastrosa gestión económica, responsable absoluta de la penuria actual que padece nuestra isla. Puedo decir esto aquí como lo dije recientemente en Washington ante oficiales del gobierno norteamericano, pero si lo dijese en La Habana iría a parar inmediatamente a la cárcel. Y eso, me parece, marca las diferencias.

Mi convicción de que Cuba no tiene que temer a una relación abierta con Estados Unidos, mi certeza de que no somos una fruta madura y de que no caeremos en las garras de nadie, se debe, entre otras razones, a la presencia de ustedes aquí. En efecto, la mayor parte de los ponentes y casi todos los asistentes al seminario viven y trabajan desde hace años en este país. No por ello han dejado de ser cubanos; y encima han resultado enriquecidos en sus quehaceres respectivos por el intercambio y el estímulo resultantes de convivir íntimamente con otra cultura particularmente dinámica. ¿Quién se atrevería a afirmar jamás, por ejemplo, que la música de Paquito D´Rivera o la de Celia Cruz no nos pertenecen?

Cuba sólo tiene que temerse a sí misma. A nuestra propia incapacidad para entendernos entre cubanos, en paz y en aras de un proyecto común. Estoy convencido de que ese proclamado miedo pánico con respecto a Estados Unidos no es más que una máscara del miedo a asumir nuestra propia libertad, nuestra propia responsabilidad como nación todavía inacabada. Nunca seremos absorbidos porque pertenecemos por naturaleza cultural e histórica a la encrucijada de tres mundos. Somos parte de Latinoamérica, del archipiélago Caribe y frontera con Estados Unidos. Tenemos una relación privilegiada con España y por si todo esto fuera poco la tragedia de nuestra diáspora nos ha permitido a miles y miles de cubanos convivir con culturas diversas, de Suecia a Rusia y de Australia a Canadá.

Pero no podemos entrar al siglo XXI con una mentalidad del siglo XIX, en el que el estado-nación era el valor absoluto, prácticamente único, cuando incluso el país que lo inventó, Francia, ha sido uno de los motores de la integración de la Unión Europea. Imaginemos una Cuba democrática integrada al NAFTA junto a Estados Unidos, México y Canadá, integrada al CARICOM junto a las restantes islas del Caribe, con fuertes vínculos culturales y económicos con España y Latinoamérica y con un tratado con la Unión Europea. Imaginemos la riqueza añadida que para nosotros significará la diáspora cubana en ese entonces.

Todos sabemos que desde el siglo XVII, cuando la península de la Florida era una suma de pantanos insalubres y Miami no soñaba siquiera con existir, La Habana era ya una de las principales ciudades de América, centro de reunión de las flotas españolas, y llave del comercio en el continente. Todos sabemos, también, que ese destino insular se siguió cumpliendo hasta la primera mitad del siglo XX, cuando nuestro país, persiguiendo el espejismo de la Utopía por el que también yo resulté encandilado, forjó una alianza antihistórica, anticultural y antigeográfica con un imperio euroasiático para mayor gloria del Máximo Líder, participó en guerrillas en toda Latinoamérica y en guerras

regulares en Angola e incluso en el remoto Cuerno de África, donde nuestros soldados acudieron en defensa de un dictador, Mengistu Haile Mariam. Se inició y consumó así una etapa de decadencia que ya dura cuarenta años y que incluyó, entre otros desastres, el presidio político más largo, nutrido y atroz de la historia de América, y una crisis política y económica endémica que ha determinado el exilio del veinte por ciento de la población, amén de fenómenos terribles como el jineterismo y los balseros.

Lo cierto es que Cuba necesita de la libertad como del aire, y que ésta sólo puede desarrollarse en el contexto de una democracia fundamentada en un estado de derecho. Desde mi punto de vista la prueba única y verdadera de la independencia cubana sería el establecimiento de dicho estado de derecho sin tener en cuenta el proceder de Estados Unidos. Dicho en otras palabras, condicionar el establecimiento de la democracia en Cuba al levantamiento del embargo por parte de Washington es no sólo una prueba de totalitarismo y de miedo a la voluntad popular cubana sino también una vergonzosa manifestación de espíritu anexionista.

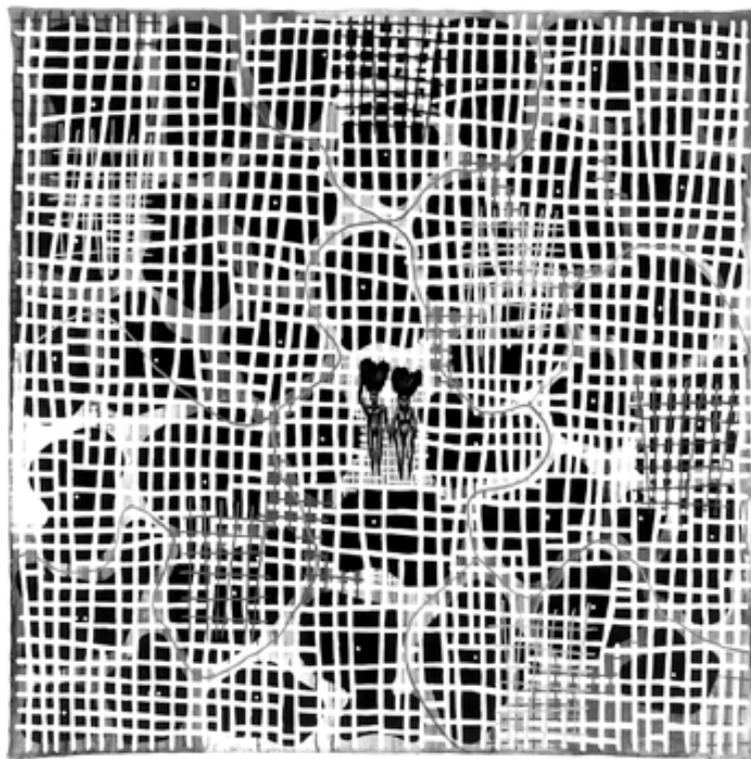
Pero Cuba necesita normalizar sus relaciones con Estados Unidos de una buena vez, y a mi juicio esa normalización debe incluir el levantamiento del embargo y la derogación incondicional de la ley Helms-Burton por parte de Washington. En cualquier circunstancia dichas decisiones facilitarán el camino hacia el establecimiento de un estado de derecho en la isla. Y para hacer más corto ese camino sería imprescindible también que Estados Unidos se comprometiese a devolver la base naval de Guantánamo al primer gobierno democráticamente electo por los cubanos después del castrismo. Entonces empezaría, literalmente, otra historia.

Ya termino. Pero antes, permítanme soñar un poco con esa historia por venir. Si los cubanos fuéramos capaces de protagonizar una transición pacífica en el postcastrismo, si fuéramos capaces de construir una democracia, aun imperfecta, si fuéramos lo suficientemente hábiles como para normalizar en beneficio mutuo las relaciones con Estados Unidos y al mismo tiempo con nuestras restantes áreas de interés, el futuro del país estaría razonablemente garantizado. Es sabido que las remesas de dólares que los exiliados enviamos a nuestras respectivas familias constituyen el primer rubro de ingreso de Cuba, por sobre el turismo y la zafra azucarera, lo que revela la paradoja de que hoy por hoy Miami es el sector más dinámico para la economía de la isla. Imaginemos, entonces, cómo podría ser el futuro si desde hoy luchamos por la paz y la comprensión entre nosotros.

Es previsible que apenas una mínima parte del exilio regresaría a vivir a la isla, pero también lo es que prácticamente todos los exiliados irían de visita con harta frecuencia, lo que significaría el establecimiento de puentes aéreos no sólo entre Miami y La Habana, sino también entre Miami y todas las ciudades importantes del país, desde Pinar del Río hasta Santiago de Cuba. Es previsible también que muchos de los que hoy ayudamos a sobrevivir a nuestras familias respectivas enviándoles dólares, realicemos junto a ellas pequeñas inversiones productivas que hoy Castro prohíbe para que ninguna indepen-

dencia económica rete su poder omnímmodo. Sólo esos dos rubros, viajes e inversiones del exilio, equivaldrían a una verdadera lluvia de oro para un país tan empobrecido como el nuestro.

Leví Marrero nos enseñó que Cuba había sido capaz de levantarse una vez de sus cenizas después del fin de la guerra de los Diez Años, otra después del fin de la Guerra de Independencia, y predijo que también lo haría una tercera, luego del final del castrismo. Yo estoy convencido de que tenía razón y aún de más, de que si conseguimos no sólo producir ese gran encuentro pacífico de la nación cubana sino sostenerlo indefinidamente, Cuba volverá a ser el centro económico y cultural del Caribe, Miami no será otra cosa que un suburbio rico y aburrido de La Habana, y nuestro país recuperará su condición de eje de comunicaciones entre Europa, América del Sur, el Caribe y América del Norte, como corresponde a la condición que hace siglos le reconociera Félix Martín de Arrate, la de Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales. Sé que estamos muy lejos aún de ese momento, pero también que estamos adelantando ese añorado encuentro de la cultura cubana con pequeños pasos como el reciente concierto de Los Van Van en Miami o como este mismo seminario, donde vuelvo a agradecerles su presencia.



Mardi Grass. *Sweet Hearts II* (1993)
(*Enamorados II*)